

# LINAJE QUEBRANTADO

VALENTINE BLACKKE



**H<sup>ON</sup>  
B**ESIGN

Linaje Quebrantado  
© Valentine Blacke 2020 All rights  
reserved  
Hon Design  
paperback edition 2025

# LINAJE QUEBRANTADO

*By*  
*Valentine Blacke*

**H<sup>ON</sup>  
b<sup>ESIGN</sup>**



# PROLOGO

Durante siglos, el apellido Bett fue sinónimo de poder, violencia y amenazas. Producto de un pacto hecho con demonios, sus descendientes nacieron marcados, portadores de artefactos tan hermosos como peligrosos, todos con un mismo origen. Todos con un mismo destino.

En lo alto del castillo, Amely creció como la princesa del Reino de Elisebell, heredera de una corona tejida en oro. Pero todo cambió el día que la encontró: Una diadema olvidada bajo tierra, oculta en un pasadizo abandonado en el patio real. No era una joya más del tesoro real, sino un fragmento maldito de un linaje prohibido. Un eco del pasado, un pacto sellado con sangre y almas.

La verdad emergió como un veneno: Amely no era una princesa, sino descendiente de una familia condenada. La diadema no era un adorno, sino un arma. Y ella se verá obligada a enfrentarse a aquello que se esconde en su interior... y a una historia familiar escrita con fuego y sangre.

Ahora corre.

Lejos del castillo. Lejos del pasado. Acompañada por una hermana que acaba de conocer, perseguida por los errores de quienes la antecedieron, y guiada por una pregunta que arde más que cualquier maldición:

¿Puede alguien nacido de la oscuridad cambiar su propio destino?

## CAPÍTULO 1

# LA DIADEMA

El reino de Elisebell tenía una gran extensión de valles y prados. Se trataba de una monarquía gobernada por el Rey Héctor, un hombre de edad muy ambicioso que tenía como objetivo que su reino albergara más allá de las montañas y el mar. Por otra parte, la Reina Juliana era la otra cara de la moneda. Era una mujer amable, comprensiva y dedicada a los habitantes y sus necesidades, a pesar de que se le estaban notando sus primeras arrugas. No tenían más hijos que una delgada joven, la princesa Amely, quien se asemejaba mucho a la reina Juliana cuando esta era joven, por lo que siempre tenía los mejores cuidados para su blanca piel y su suave cabello castaño largo.

Durante varias generaciones los habitantes del reino vivieron tranquilos en sus casas de material sólido y blanco. Podían elegir cultivar frutesell en el valle o formar parte del ejército de batalla en los campos de entrenamiento cercanos al castillo. La reina siempre estaba preocupada que los habitantes tuvieran acceso a las frutesell, por lo que los guardias reales dejaban cada semana una canasta con abundante fruta. Las Frutesell eran un tipo de fruta única que solo crecía en los dominios del reino, era un poco más grande que una frutilla y se asemejaban en forma, lo que la diferenciaba era su color rosa muy suave y sus hojas que eran como pequeñas media lunas; su sabor era dulce pero no en exceso, aparte de tener componentes que ayudaban a la salud.

Amely vivía en una rutina monótona. Era como si el mismo día se repitiera una y otra vez, y esto le estaba comenzando a molestar, pero cada vez que lo mencionaba a su madre ella se molestaba. La princesa deseaba con todas sus fuerzas ver más allá de las murallas del castillo, pero esa esperanza se veía cada vez más reducida. Sentía que la vigilancia alrededor de ella había aumentado desde que cumplió la mayoría de edad. Inaki, su ama de llaves, la seguía todas partes. Amely tenía muy en claro que pronto sería la sucesora del reino, agradecía la educación y todo lo que sus padres habían hecho por ella, pero no podía seguir allí, se sentía encerrada.

En las fiestas reales Amely siempre sonreía y con generosidad siempre aceptaba bailar con príncipes de otros reinos, los preparativos para buscar alianzas habían comenzado con la llegada del otoño.

Detrás de esa familia sonriente se escondía el rechazo. El rey siempre parecía tener una gran barrera cuando se sentaban a comer en el gran comedor, casi ignorando a su hija. Hoy era uno de esos días muy incómodos, el comedor se sentía muy amplio sin la reina que siempre sacaba un tema de conversación a la hora de almorzar. Comieron en silencio y de vez cuando Amely miraba al rey como si intentara decirle algo, pero no se atrevió a hacerlo.

Tras meditarlo por un momento, se dio cuenta de que no podía dejar pasar la oportunidad. La princesa se armó de valor y salió del gran comedor en busca de su padre que apenas terminó se marchó. El rey caminaba con el marqués Guillermo, era un hombre que siempre tenía una expresión dura, y no era para menos, todos en el reino lo respetaban por ser la mano derecha del rey.

—Papá ¿puedo hablar contigo un momento? —

Amely miraba a su padre en modo de súplica antes de que este entrara en la sala de reuniones. Por su parte, el marqués la observó por un momento, con ese semblante inexpresivo que lo caracterizaba, y entró con sus pergaminos en la sala. La princesa nunca había entrado allí, pero cuando era niña le llamaba mucho la atención por lo que se paraba de puntillas para escuchar de que lo hablaban, cuando salían todos de la reunión algunos le sonreían y le tocaban su cabeza, pero cuando su padre la miraba este solo expresaba enojo.

—Sé que estas muy ocupado con la extensión del reino y la conquista de los bosques que están pasando el fiordo, pero solo te pido unos minutos esto es importante. — Comenzó a explicar muy animada la princesa —mañana es el cumpleaños de mi madre y me gustaría ir a la ciudad a comprarle algo o al menos déjame que me lleven al valle para prepararle un almuerzo sorpresa allá ¡Se cuánto le gusta estar allí! si tan solo me dejaras ir, Iñaki y yo prepararíamos...

—No. —

La respuesta del rey fue definitiva, entró en la sala de reuniones y todos se levantaron mientras un sirviente anunciaba su llegada, dos guardias que estaban afuera resguardando las grandes puertas las cerraron apenas entró. La sonrisa de Amely se borró, apretó sus manos en forma de puños mientras luchaba por no ponerse a llorar frente la puerta, no con esos guardias que parecían estatuas mirándola sin emoción alguna en sus rostros.

Corrió a su cuarto sosteniendo su vestido mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, apenas llegó se tiró en la inmensa cama y se desahogó. Para cuando se calmó estaba sentada en el suelo de su habitación, su vestido parecía una esponjosa nube color burdeo. Se levantó y miró desde su balcón como los duques y otras personas con altos rangos se retiraban en sus elegantes carruajes, se secó las lágrimas y camino hasta la puerta. Llamó varias veces a Inaki, pero el pasillo estaba vacío.

Caminó sin rumbo fijo por todo el castillo evitando el primer piso. Tantos años viendo las mismas paredes color blanco y los pisos de porcelana, parecían haber miles de puertas por ese extenso pasillo y cuadros de los antiguos reyes adornaban las paredes. Al final del corredor estaba la imagen de Reina Elisebell colocada en un cuadro recubierto de oro macizo. Era una mujer muy pálida con cabello claro como la miel, un rostro fino con facciones hermosas. Cada vez que Amely se detenía en ese cuadro era como si algo le dijese que se quedara más tiempo allí.

El castillo era enorme. Bajó por otra escalera hasta que llegó a otro largo pasillo blanco, pero este contaba con grandes ventanas que mostraban el jardín. Siempre la tranquilizaba estar allí, una pileta enorme estaba en medio y los árboles florecían a un costado. A esa hora del día varios picaflores se refrescaban sus plumas en las aguas cristalinas. Amely se detuvo frente a la estatua de la Reina Elisebell con una frase escrita en la piedra: “La frutesell marcarán un antes y un después en estas tierras, y yo me asegure que cada habitante tenga acceso a ellas”. Estaba rodeada de bellas rosas rojas y rosadas. Detrás de los rosales había un árbol que entrelazaba sus ramas con los demás, pero este era diferente, mucho grande en comparación al resto y sus raíces comenzaban a sobresalir.



Amely se aseguró que nadie la viera e intentó treparlo. Cuando era niña solía hacerlo cuando se escondía de Inaki por las clases de matemáticas. En ese tiempo era fácil pues no usaba vestidos tan amplios como aquel que llevaba puesto. Saltó una y otra vez intentando agarrarse de una de las ramas, pero fue inútil. Ya no era tan ágil como antes, solo logró remover mucho la tierra hasta que sintió que pisaba algo que sobresalía.

Dejó de saltar y bajó la mirada a sus pies, de tanto remover la tierra se alcanzaba a ver parte de una puerta de madera circular. Removió lo que faltaba y pudo ver mejor, era una trampilla. Estaba tan desgastada que con el primer intento se abrió. Abajo se encontraba oscuro. Aquel pasillo era como un pasadizo secreto, la oportunidad de explorar le estrechaba una mano a la princesa y ella la tomó sin pensarlo.

Amely caminó por el oscuro pasillo, el lugar era estrecho y frío. A medida que avanzaba notó como las raíces removieron un poco el inestable techo, que parecían garras que quisieran atraparla. Caminó por varios minutos, estaba por volver cuando divisó a lo lejos una puerta, apenas iluminada que daba al final del corredor. Era la única en todo el pasadizo oscuro y se veía por debajo que había luz. Entró y vio dos antorchas que ardían frente a ella una maleta y un espejo a su lado. Al principio fue un poco decepcionante, pero a medida que se acercaba sentía como si algo en su interior la atrajera a esa maleta. La tomó, con algo de duda. Cuando la abrió pudo ver varios pergaminos, cartas, libros escritos a mano por Meirlyr Bett. El nombre le produjo una sensación de nostalgia inexplicable por lo que dejó varios libros a un lado y continuó inspeccionando el lugar. A un lado se encontró estuche con diseños plateados en un fondo negro, como llamas ardientes. Estaba por levantarlo cuando notó que estaba atado con unas correas a un libro, por lo que lo dejó donde estaba y lo abrió.

Era una diadema plateada con unos pequeños diamantes incrustados. El diseño era de oro y plata que se entrelazaban como dos manos al juntarse, no era tan elegante ni cubierta de relucientes joyas como las coronas de una reina, pero su sencillez le gustó mucho a Amely, la apreció mientras la dejaba sobre su cabeza, era como si estuviera hecha a su medida.

La habitación se comenzó a sentir aún más helada y una sensación de que no se encontraba sola le empezó a recorrer el cuerpo, no le gustaba

sentirse así por lo que intentó sacarse la diadema con algo de prisa. Apenas lo intentó las antorchas comenzaron arder con más intensidad, grandes llamas amenazaban incendiar la habitación. Intentó nuevamente quitarse el accesorio con fuerza, pero sus manos se sentían como si hubiera tocado lava. Gritó de dolor, mientras sentía como miles de agujas se incrustaban en su cabeza, pero sin sangrar. Era el peor dolor que podía sentir, estaba desesperada por salir de allí.

El espejo se comenzó a llenar de humo y, como si fuese un portal de lo más lejano, de éste se empezó a formar una silueta. Dio un paso al frente, y mientras más se acercaba podía observar una mujer con grandes cuernos en un cabello ondulado, de color negro que cubría parte de sus senos, sus ojos eran dos cuencas vacías que parecían llorar sangre encima de una boca fina, pero con afilados colmillos. Amely quería escapar, le ordenaba con todas sus fuerzas a su cuerpo que se moviera, el rostro de aquella mujer no era humano y le producía mucho miedo.

—Me gusta mucho verte sufrir y si mueres tu alma formará parte de mi colección. — dijo el ser maligno mientras acercaba sus garras a la diadema.

Amely cerró los ojos mientras lágrimas de dolor no paraban de caer y un fuerte ardor parecía ser lo último que iba a sentir. Apenas el demonio tocó la diadema, esta desapareció y con ello Amely se derrumbó en el suelo mientras las llamas se apagaban y todo volvía a la normalidad.

Recordó entonces como una mujer de cabellos blancos como la nieve lloraba mientras caminaba por la hierba con un pequeño bulto en sus brazos. Aquella llegó a un cementerio donde había una pareja de jóvenes llorando a su hijo muerto. Se secó las lágrimas y besó en la frente a su hija antes de entregarla a la pareja. Luego los recuerdos la transportan a la princesa de cabellos oscuros y el príncipe algo molesto llevando a la bebe albina con una bruja quien recito unas palabras: “con este hechizo nunca sabrá de donde viene o quien en realidad es”

Despertó algo exaltada y con un nudo en la garganta, todo este tiempo creyó que la reina Juliana era su madre ¡se parecían! Todo fue una ilusión. Amely dudó y con los ojos cerrados se levantó y fue abriéndolos lentamente. Su piel era blanca como la nieve, sus ojos eran claros, sus

facciones finas y combinaban muy bien con ese largo y suave cabello blanco. Aun no podía creer lo que veía, por eso todo este tiempo se sentía que no encajaba a pesar de las comodidades y el cariño de la reina, Amely, quien siempre añoró la aceptación del rey, ahora entendía porque no la aceptaba.

Las cartas estaban tan deterioradas por la humedad que solo eran papeles blancos y manchados, eso la decepciono mucho. Tomó el libro que estaba junto al estuche de la diadema y lo abrió, estaba mojado y con varias hojas arrancadas... a excepción de un capítulo que se titulaba: La reina de las Hellunder.

Era cuento de terror que retrataba como una mujer hacía un pacto con un demonio. Este consistía en dotar a la humana de habilidades sobrehumanas, a cambio la mujer debía ofrecer a la criatura demoniaca las almas de todas las generaciones después de ella. Para sellar el trato, la hermosa mujer le ofreció un hermoso estuche negro que en su interior contenía una diadema.

“Ahora somos uno”. — dijo el demonio mientras entraba en el cuerpo de la mujer y alteraba su aspecto hasta transformarla en un ser maligno con alas y cuernos, sedienta de sangre y venganza.

Amely sacó una antorcha de la pared y pudo iluminar el largo pasillo subterráneo. A la izquierda y derecha había celdas y con huesos humanos, algunos aferrados a los barrotes. Antes de doblar a la derecha vio un cuerpo fusilado de un cultivador, pudo reconocerlo por su vestimenta sencilla: pantalones cafés y camisa blanca ancha. La sangre había salpicado toda la pared, la princesa nunca presenció algo así y de la impresión por poco deja caer la antorcha.

Varias preguntas se le venían a la mente ¿Qué era ese lugar? ¿Por qué mataron a ese cultivador? Quizás su origen no era el único secreto que guardaba el reino. Llegó hasta el final del pasillo donde se encontraba una trampilla que le costó abrir pues al parecer tenía algo encima. Cuando pudo salir a la superficie notó que estaba bajo el puente antes de llegar al castillo. Le dirigió una última mirada ¿Ese enorme lugar que se veía tan blanco y lujoso lo había llamado su hogar? Corrió a la ciudad antes

que los guardias de la entrada la vieran. La ciudad era un lugar tranquilo con casitas adosadas de dos pisos, todas tenían el mismo diseño, eran de material sólido y de color blanco con ventanas de madera. Algunos cultivadores volvían de un largo día de trabajo en las carretas, el sol parecía irse ocultando lentamente entre esas grandes murallas que resguardaban la ciudad dando un color anaranjado al cielo.

Los habitantes de la ciudad comenzaron a verla con horror y comentaron nerviosos entre ellos cosas como: ¿será una? ¡hay que atraparla antes que nos mate a todos! El bullicio se hizo cada vez más fuerte y Amely sentía que la estaban acorralando, no entendía como esas caras que la habían visto desde pequeña correr descalza por los campos cuando la reina la llevaba ahora la miraban con miedo.

—¡ES UNA BETT! —dijo una mujer desatando el caos.

—¡TIENE LA DIADEMA MALDITA! —gritó un hombre mientras sacaba un cuchillo.

Amely no entendía nada, estaba asustada por lo que echó a correr. Todos los cultivadores la siguieron e incluso algunos guardias de la corona comenzaron a dispararle. Era la primera vez que estaba en la ciudad y nunca se lo imaginó así. El piso era de piedras blancas y negras, sus zapatos eran de tacón y le lastimaban los pies. Cuando llegó a la fuente de la plaza central otros cultivadores aparecieron corriendo en su dirección, el tacón de uno de sus zapatos se quedó atrapado en una de las rocas por lo que se quitó ambos y corrió en dirección a un callejón. Las balas cada vez estaban más, los gritos de cultivadores molestos la asechaban. Dobló en varias direcciones en un laberinto de casas y almacenes, pero los habitantes de la ciudad intuían donde se iba a dirigir por lo que no podía perderlos. Se detuvo un momento sin saber hacia dónde más ir, todo parecía perdido cuando de pronto algo la sostuvo por el brazo y la arrastró al interior de una de las casas y le tapó la boca con una frías y delgadas manos. Quería gritar e iba intentar zafarse del agarre cuando vio esos ojos color celeste cristalino que la calmaron un poco, pudo ver un poco la silueta de una mujer que se fue alejando lentamente mientras le hacía una seña que guardara silencio.

La mujer no decía nada solo hacía señas al principio lo que tranquilizó un poco a Amely quien estaba muy asustada por la reacción de los habitantes de la ciudad. En cuestión de minutos los mismos llegaron a puertas de la acogedora casa de dos pisos. La mujer con una fuerza sobrehumana movió un pesado ropero y lo tiro contra la puerta.

—Cómo es que...? —comenzó a decir Amely.

—No hay tiempo para preguntas, princesita. —respondió la mujer.

Subieron corriendo las escaleras, al mismo tiempo que los cultivadores y algunos guardias del castillo derrumbaban la puerta. El segundo piso no era muy diferente a la casa pues también predominaba el color blanco y café claro. Justo a un lado de la cama había un balcón. La mujer con un equilibrio perfecto subió a la baranda de un salto y le estrecho la mano a la princesa.

— ¿¡Qué esperas!?

La princesa la contempló por un segundo antes de tomarle la mano. La mujer era albina, pero lo que más impresionaba era su vestuario: Un largo abrigo oscuro y pantalones del mismo color que resaltaban su piel pálida. Su cabello corto sobresalía bajo un sombrero de copa negro donde descansaban unas gafas oscuras. Tenía tantos engranajes y modificaciones desde las botas hasta el corsé. Amely nunca había visto nada igual ¿sería una inventora?

Parecía que nada iba a detener a los guardias del reino y los cultivadores, quienes se aventuraron por los tejados persiguiendo a las dos albinas. La misteriosa mujer del sombrero se detuvo y de las varias correas que sostenían un mediano estuche en su espalda sacó dos pistolas y comenzó a disparar.

—¡Corre!, yo los intentare retrasar un poco—

— ¡¿Qué?! ¡No! ¡Tú me salvaste! no te dejare sola! —

— Solo corre y espérame en el último tejado antes de la muralla.

Amely muy asustada y agitada llegó al último tejado viendo la muralla que se alzaba. Nunca pensó en el reino de Elisebell como una cárcel, junto a Inaki y la reina Juliana había vivido momentos muy lindos allí y los habitantes se veían felices detrás de esas grandes murallas. En sus salidas al valle podía ver las sonrisas en los rostros mientras cosechaban las frutesell y como disfrutaban de las festividades con tartas y pasteles de la fruta. Siempre se habían mostrado tan complacientes desde que era niña solían abrazarla y jugar con ella. Ahora que la ilusión ya no estaba, todos la miraban con recelo y desprecio, si no fuera por la misteriosa albina estaría muerta. No pudo evitar que las lágrimas brotaran ¿Dónde iría? ¿Qué iba a ser de ella? Miles de preguntas parecieron callar los disparos de fondo.

— ¿Te crees que hay tiempo para llorar? —gritó la inventora mientras saltaba junto a ella.

Desde que Amely recuerda, todos fueron respetuosos con ella y complacientes, nunca tuvo que escapar o correr por algún peligro. Había tenido una vida cómoda sin preocupaciones ni malos entendidos pero aquella mujer era diferente, rompía todas las reglas que le habían instruido, era intrépida, no le importaba matar con tal de salvarse, era una asesina fría y muy ágil. Amely dudó de las intenciones que tenía aquella mujer ¿cómo podía verse hermosa pero también ser muy letal? Se secó las lágrimas y ambas observaron la gran muralla mientras nuevos guardias se aventuraban saltando sobre los tejados.

— ¿Cómo vamos a escapar de aquí?

—Volando.

—Eso es imposible.

Amely sentía como si la diadema iba explotar. Era un dolor que solo podía describir como tan insoportable, tanto que cayó de rodillas mientras la otra albina disparaba contra sus adversarios. La princesa gritó de dolor a medida que unas misteriosas llamas cubrían su cuerpo. Mientras el fuego la cubría vio como algunos cultivadores retrocedieron, la princesa ardió en silencio, quería gritar con todas sus fuerzas, pero sintió como unas grandes garras le sostenían la cintura y luego se movían lentamente, explorando

su cuerpo hasta llegar a sus ojos y taparlos. Las llamas se extinguieron y dejaron a la vista a la joven de rodillas completamente de negro, su piel, su cabello que cubría su cuerpo desnudo, todos se quedaron en silencio expectantes. La otra albina aprovechó la situación y derribó algunos de sus adversarios y caminó segura hasta la princesa, no quería demostrar que estaba preocupada por ella, pero no podía evitarlo.

La mayoría pensó que la princesa había muerto calcinada en las llamas, la otra albina sonrió ampliamente, esto era solo inicio. La diadema ardió en llamas azules y unos cuernos medianos negros salieron de la cabeza de la chica. Amely abrió los ojos. Al principio estos adquirieron un color completamente negro, luego iris blanco y su pupila negra. Su cuerpo recuperó el blanco albino con un traje muy sensual pero digno de una guerrera, colmillos afilados sobresalían de su boca y tenía garras en lugar de manos.

— ¡¿Qué es esto?!—exclamó muy horrorizada.

— ¿Sigues siendo tú? —pregunto la inventora mientras intentaba limpiarse la sangre de sus adversarios del rostro.

— ¿Qué? —

Amely se había transformado en algo que no sabía controlar, pero no dejaría que la inventora muriera. Elevó sus alas negras malignas y tomo con cuidado por la cintura a la inventora. Nunca había volado por lo que le costó alejarse de los disparos y elevarse sobre las murallas, el aire se sentía tan bien, la puesta de sol iluminaba a lo lejos los campos de frutesell y en la colina estaba el gran castillo elegante y glamoroso. Desde esa altura pudo observar como todas las casas de la ciudad seguían el mismo modelo de casa, material solido color blanco con ventanas de madera y los cultivadores vestían todos igual, Amely nunca pensó en que eso era injusto o muy estricto siempre había visto la ciudad desde su balcón nunca tuvo la oportunidad de caminar y observar que los reyes tenían reclusos a sus habitantes y los obligaban a seguir sus reglas, al parecer esto no les molestaba, no terminaba de entender por qué.

—¡Te dije que íbamos a volar! —dijo la inventora elevando sus brazos

como si intentase hacerlo.

—No me has dicho tu nombre y con todo este ajetreo no te he dicho el mío, me llamo Amely. —dijo la princesa mientras se elevaba entre las nubes.

Allí elevada sobre las nubes que asemejaban un gran manto blanco y esponjoso con distintas formas y el sol ofreciendo una puesta de sol única, era una sensación inexplicable. A pesar de que su vida hubiera cambiado radicalmente y sentía que estas cosas no cualquiera sabia apreciarlas, quizás no iba a ser tan malo ser un demonio.



## CAPÍTULO 2

# DESCONFIANZA

“Yo te puedo dar la libertad que tanto quieres”

Hay otras formas de tener libertad y tú no eres mi opción, no eres real.

Amely luchaba contra el ser que se quería apoderar de su cuerpo, aquello era como si una misteriosa fuerza la empezara a abrazar lentamente, primero suave como un roce, pero medida que ponía más resistencia, dejaba de ser un abrazo invisible para ser como unas garras incrustándose en la piel que amenazaban con despellejarla.

Sostenía a la inventora, pero estaba muy cansada. Cruzaron los prados y ciudades más allá de las montañas, el paisaje era prometedor, sin embargo, a medida que amanecía, sentía que el sol la quemaba, por lo que comenzó a gritar de dolor y voló tan rápido como el cansancio se lo permitió, tratando de no cerrar sus ojos, pero el dolor era muy fuerte. Lo último que pudo divisar fue la playa. Debido a que el vestido de la princesa se incineró en la transformación, una vez que perdió el conocimiento cayó desnuda en la arena, su cuerpo tan puro y delicado estaba gran parte tapado por su cabello.

Despertó sintiendo que algo le pesaba en los hombros, era el espacioso abrigo de la inventora cubierto con engranajes de reloj que la cubría hasta las rodillas y evitaba dejar al descubierto su cuerpo desnudo. Sonrió un poco al ver el mar, desde niña había leído y visto pinturas de cómo eran, pero jamás lo había vivido en persona, como hubiera deseado tener un atril y sus pinturas para retratar las olas tranquilas que llegaban hasta sus blancos pies. Era una sensación única estar allí por primera vez que cerró los ojos y fue caminando lentamente apreciando el sonido de las olas, sintiendo la brisa en el rostro y de poco abriendo los ojos mientras sonreía viendo el cielo color naranja suave.

Volvió a la orilla cuando la brisa fue más helada, encontrándose a la inventora sentada en la arena, inmersa en sus pensamientos mirando un punto fijo en el mar.

—Gracias... por el abrigo. —dijo Amely una vez que estuvo en frente de ella.

—No me agradezcas, no dejaría que anduvieras desnuda por ahí.

Caminaron varios minutos alejándose lo más posible del muelle, en kilómetros solo había playa hasta divisaron un gran hueco que parecía casi sumergido en el agua. La inventora sonrió ampliamente, sabía que los guardias del Reino de Elisebell las buscarían, pero no se adentrarían en esa cueva. Tomó a la princesa por la mano y se adentraron en la cueva, de vez en cuando subían a tomar aire pues era la primera vez que nadaba. Salieron a superficie y se percataron del gran agujero que mostraba los árboles en lo más alto en un cielo estrellado y una luna llena que las iluminaba como si las invitara a escalar.

La luz de la luna resaltaba la vegetación dándole un aspecto azulado, la princesa sintió la necesidad de descubrirse la espalda y tocársela. La inventora pudo observar las garras marcadas en la blanca piel de la princesa que lloraba de dolor, no pudo evitar desviar la mirada y recordar cuando ella pasó por eso.

— ¿A dónde vas? — preguntó algo preocupada Amely cuando vio a la inventora escalar.

—Voy por leña.

Para la inventora sobrevivir al frío y distintos tipos de lugares no era un problema, no demoró mucho en escalar, como una araña de patas largas subió rápidamente y de un salto bajó con algo de madera. Se sacó ambos guantes, odiaba usar sus poderes los aborrecía con todo su ser, pero no iba a dejar morir de frío a la princesa. Sus dedos eran delgados y largos, perfectos para cualquier instrumento de cuerda diría algún músico, pero cada vez que se quitaba los guantes no podía evitar volver a ver sus manos como si estuvieran manchadas de sangre. Se sacó el estuche que siempre llevaba consigo en la espalda y antes de abrirlo le dirigió una mirada a Amely, quien trataba de abrazarse a sí misma para consolarse. Al abrir el estuche la princesa pudo ver un violín plateado con los mismos símbolos de la diadema, luego sacó el arco del mismo material y lo deslizó sobre las

cuerdas del instrumento.

Las manos de la inventora se comenzaron a oscurecer rápidamente, estaba tan cansada que no pudo evitar que sus emociones se vieran reflejadas en la música. Con una mano ejercía precisión y sus dedos se movían ágilmente con la otra bajaba y subía con movimientos precisos del arco, cerró los ojos.

Amely sintió como si una tétrica risa la despertara. Abrió los ojos y se vio sumergida en un mar de recuerdos de la inventora. Vio a dos niños corriendo por la playa felices, luego a dos adolescentes escapándose de la escuela para ir a beber en el bosque a la luz de la luna. La inventora se veía tan feliz con la compañía del chico de cabello castaño y ojos verdes, la risa se escuchó más fuerte. Ahora veía a la inventora de espaldas en un barco, envuelta en una torrencial lluvia, en sus manos sostenía el violín cubierto de sangre y frente a ella toda la tripulación desmembrada. Eran extractos de su memoria acompañados de esa risa que con la ausencia de la sonrisa de la albina se escuchaba más fuerte.

“MELROUSSE BETT! ATRAPENLA! ¡LA VIOLINISTA!”

Se escuchaban gritos entre una lluvia de balas que caía sobre la chica que intentaba escapar de la multitud con antorchas y armas de captura. La violinista se detuvo y con su espada derribó a cada uno de sus captores, una sonrisa macabra se curvó en sus rosados labios mientras pateaba un cuerpo sin vida a su pila de cuerpos mutilados.

—¡BASTA! —gritó Melrousse volviendo a la realidad.

El violín que se había encendido en llamas azules y rojas, prendió la hoguera y confortó a la princesa con su calor, pero estaba tan asustada por lo que vio que se alejó lo más que pudo de Melrousse. Hubo un silencio que pareció una eternidad, ambas albinas sintieron que la cueva volvía a tener ese aspecto natural y la risa tétrica ya no se escuchaba.

—Eres una asesina, aléjate de mí.

Melrousse rio amargamente y no le importó acercarse a la princesa hasta

que esta chocó con su espalda una de las paredes de la cueva. —

—Somos asesinas, hermanita. —

Amely entendía que la albina había tenido que matar a algunos guardias y cultivadores para que pudieran escapar, pero una cosa es matar por necesidad y otra totalmente diferente acabar con vidas solo por diversión. Estaba tan asustada que respiraba entre cortado, Melrousse notó esto y entornó la mirada, dando algunos pasos atrás.

— ¿Hermanita? Yo no puedo ser hermana de alguien como tú.

— ¿Cómo explicas que la diadema no te mató? Llevo meses navegando, recaudando información de nuestra familia y solo los descendientes directos pueden usar las armas corrompidas.

Amely no sabía que decir, estaba asustada y muy confundida. Melrousse era tan fuerte y decidida esos finos labios parecían que nunca sonreían, y si lo hacían era para uno que otro comentario sarcástico. Quería confiar en ella, pero tenía miedo, hace unas horas creía que tenía una familia y ahora se enteraba que era descendiente de la familia Bett.

—Quiero destruirlos, la era de terror del linaje Bett debe terminar. Cuando tienes tanto poder no mides las consecuencias y yo pagué muy caro eso, no voy detenerme hasta destruir cada uno de los instrumentos que nos unen al infierno. —

La princesa deseaba con todas sus fuerzas retroceder el tiempo y nunca haberse puesto la diadema, pero ahí estaba la oportunidad de ser libre de la maldición. Melrousse le estrechó una mano, llevaba tan pocas horas de conocerla que sentía que le molestaba pedir su ayuda, pero ambas hermanas se necesitaban para esta aventura.

No tenían un destino fijo, alguien en quien confiar, alguien que las guiara en esta aventura tanto en tierra como en el mar. La fama que se había forjado a lo largo de los años la familia Bett solo estaba relacionada a desgracia y muerte. Melrousse por primera vez en su vida sintió que no tenía donde ir, siempre había amado el mar y navegar hasta tierras

inexploradas, pero desde que había perdido todo solo quería una cosa, destruir el violín.

Antes del amanecer, las hermanas Bett ya se encontraban infiltradas en el barco que las llevaría lo más cerca de Almenter. Amely tuvo que conformarse con ropa de corsario, que le quedaba bastante grande, pero al menos ya no estaba desnuda, Melrousse modificó más su abrigo, pero necesitaba volver a Knowelementar a su laboratorio por más Helther.

—Todo este tiempo pensé que los últimos Bett éramos Vickram y yo, no te sientas mal por no recordar mucho de nuestra familia, mientras más las utilizas las armas vas a olvidando quien eres y le das el poder absoluto al demonio. — Dijo Melrousse, dando un sorbo al champagne que había encontrado en la cabina del capitán, pero la escupió apenas tocó sus labios.

— ¿Quién es Vickram? —preguntó Amely.

Se encontraban en la popa del barco mirando las estrellas reflejadas en el mar. Cada noche Melrousse intentó que Amely caminara por la baranda sin caerse por la borda, era una forma muy extrema de mantener equilibrio y más de una vez cayó ¿Melrousse la ayudó a subir al barco? Solo la miraba con esa expresión inexplicable que le molestaba tanto porque no sabía cómo interpretarla ¿Decepción? Ahora que ya dominaba la baranda del barco, compitieron de quien escalaba primero una de las velas del barco hasta el punto más alto, Amely estuvo a punto de ganar.

—Es complicado. —dijo Melrousse algo indecisa.

—No entiendo ¿qué es complicado? ¿Vickram?

— ¡Sí! lo sabrás cuando lo conozcas, nunca pensé que fuera necesaria su ayuda, nuestra relación ya es complicada y decirle que quiero destruir las armas que han estado en nuestra familia por generaciones.

Aquella mañana cuando por fin Melrousse había conciliado el sueño, Amely la despertó con un balde de agua. Se escuchaban gritos y disparos de cañones, el barco se sacudía ferozmente, parecía que en cualquier momento cedería ante la batalla.

—La próxima vez que hagas eso te juro que probaré si matando a uno de nuestros hermanos adquirimos su arma, odio las diademas y todo lo que sea para delicaditas como tú, pero haría el sacrificio con tal de volar.

— ¡No entiendo como no despiertas con la batalla que hay allá afuera!

—Princesita, dormir es un recuerdo en mi memoria.

Melrousse le lanzó una pistola a la princesa quien al principio la miró muy sorprendida. Salieron dispuestas a pelear con una motivación. Amely, quien nunca había disparado un arma, se armó de valor y subió a cubierta con su hermana. Fue muy incómodo que todos las quedaran mirando, los cañonazos terminaron y un barco completamente negro con velas grises y un gran símbolo cubría la tela era la de una calavera con varios engranajes y en una de sus cuencas tenía un reloj. Melrousse maldijo, esto era más serio el barco de velas grises era uno de Knowelementar recientemente modificado pues la potencia de sus cañones destruyó casi por completo la cubierta.

—Pero miren a quien tenemos aquí. —comenzó a decir un hombre moreno de largo cabello negro con risos que llevaba un traje rojo sangre con engranajes dorados, tenía puesta sus gafas oscuras, pero se las sacó entre risas— ¡Niña! hace años que no se sabía nada de ti.

La tripulación del barco que se habían infiltrado estaba acorralada y vigilada por hombres que vestían abrigos largos, sombreros de copa con diferentes diseños, pero nunca olvidando el color negro y los engranajes plateados o dorados. Amely pudo apreciar que algo brillaba con intensidad en algunos tubos en sus trajes era color celeste, eran los mismos tubos vacíos en el corsé de su hermana.

—Sigues tan simpático como siempre, Gabriel. —dijo Melrousse con sarcasmo sin apartar la mirada de los ojos del moreno.

La tripulación dejó de reír, lo que fue un mal indicio para la violinista que no quiso voltear para ver quien sostenía el timón del barco. Era un hombre que llevaba un elegante abrigo color negro y guantes grises, sus botas eran largas hasta la rodilla del mismo color, el cabello le llegaba hasta

los hombros liso, unos ojos cristalinos que se fijaron con desconfianza en Amely.

—Hasta que te dignas a volver Mely. —dijo el albino mientras bajaba con elegancia hasta donde se encontraban sus hermanas.

—Solo necesito Helther, apenas lo tenga ¡me largo de aquí! — dijo Melrousse.

—Y crees que dejaré que ella sepa la ubicación de Knowelementar. —dijo el hombre mientras apuntaba con una pistola a Amely.

Amely llevaba un sombrero de corsario que escondía parte de su cabello y con ello la diadema. La desconfianza del hombre albino era tal que no le importó que Melrousse se pusiera en medio y lo apuntara también. Toda la tripulación sacó sus armas y apuntaron a la violinista sin temor alguno y cargaron dispuestos a disparar, Amely se puso un poco nerviosa por lo que dejó caer su pistola.

—Es nuestra hermana, me ha hecho enojar, pero no tanto como para matarla. —dijo Melrousse sacando otra pistola y apuntando ahora con ambas armas.

—Otra vez con esas historias—dijo Vickram imitando el movimiento, pero nunca desviando esa frialdad de esos ojos cristalinos— Nosotros somos los últimos Bett, no hay más armas corrompidas.

La diadema parecía que en cualquier momento explotaría y Amely no quería transformarse, por lo que se quitó el sombrero dejando caer su largo cabello por sus hombros y dejando a la vista la diadema plateada. A diferencia de la tripulación, Vickram no pareció impresionarse pues no dejó de apuntar a Melrousse. Amely dejó que el poder la dominara y los cielos parecieron oscurecerse esta vez, volvió a arder en llamas y con un fuerte aleteo de sus alas movió al barco, haciendo caer por la borda a parte de la tripulación.

# LINAJE QUEBRANTADO

*By*  
*Valentine Blacke*







# LINAJE QUEBRANTADO

¿Y si tu sangre fuera el precio de un Linaje maldito?

En el próspero reino de Elisebell, la princesa Amely lleva una vida de lujos, rutinas y sonrisas obligadas. Pero tras descubrir una antigua diadema oculta en lo profundo del castillo, su mundo se desmorona. Lo que parecía un simple adorno despierta algo oscuro en su interior... y una verdad que lo cambiará todo: No es quien creía ser.

Perseguida por su propio pueblo y enfrentada a una verdad que jamás imaginó, Amely encuentra refugio en dos desconocidos: Melrousse, una inventora letal de pasado sangriento, y Vickram, un genio distante y frío. Pronto descubrirá que no son extraños... son sus hermanos. Y que juntos cargan con un destino escrito en fuego y cenizas.

Divididos por el dolor, unidos por la sangre, los tres deberán enfrentar a quienes los crearon, a los demonios que los acechan... y a sí mismos. Y deberá elegir entre seguir el camino de la destrucción... o romper el linaje.